

Europa de la dominación de Felipe II, y eran implacables contra sus diplomáticos que sufrían la influencia española. Girolamo Lippomano hubo de ser denunciado, durante su embajada en Madrid, como supeditado á la voluntad del rey, é inmediatamente fué separado de su punto y enviado de *baile* ó representante de Venecia á Constantinopla. Supo la señoría que había escrito al rey de España una carta de aviso de los preparativos que parecía hacer el turco (1); y le envió sin demora como sucesor á Lorenzo Bernardo; despues, al subir Lippomano á bordo de la galera veneciana, que había de conducirle á su nuevo destino, una mano oculta le precipitó al mar. Los peligros de un proceso de estado se evitaban de esta suerte.

VII.—Impotencia de la Liga

Bernardino de Mendoza empieza á comprender que no triunfarán los que él ha comprado sin un ejército español que no se venda. Está enfermo y arruinado. Tiene el pesar de irse volviendo ciego (2); le tiembla la mano (3) y se ve obligado á guardar cama por falta de leña (4). No le queda un ducado, ni una alhaja; el invierno es rigoroso y el pan raro. Habían creído que libre París del ejército que lo cercaba, recobraría luego vida, abriendo sus tiendas y surtiendo de víveres sus almacenes. Nada de esto, desde la partida de Farnesio. El Sena está siempre cerrado, cerrado también el Marne, cortados los caminos. El pueblo comienza á murmurar contra el rudo embajador que le ha distribuido su comida y dinero (5). ¿Se digna á lo ménos Felipe II dar las gracias al viejo soldado y diplomático que casi ha perdido la vista? Moreo no lo ha perdonado. «Fué á quejarseme Villeroy de Don Bernardino, escribía á Felipe este envidioso espía (6), diciendo que en Tours se habían descifrado los despachos que enviaba á S. M. en los quales decía mucho mal y á mas desto declaraba su intención en decir que S. M.

(1) D' Ossat á la reina Luisa, t. I, p. 163. Véase también Herrera t. III, p. 262.

(2) Quéjase de ello desde el 24 de junio 1586, Ms. Arch. nacion. K. 1564, p. 112. «Por haverseme acabado de quajar una cataracta en el ojo izquierdo me ha impedido totalmente la vista de él; han resuelto los médicos y oculistas deste lugar que me disponga á la aguja, probando si será parte para abatilla.» Tres años más tarde el mal se había agravado. 5 noviembre 1589, K. 1569, p. 172. «Me basta la cuyta de estar casy ciego.» Así la ceguera no provenia, como se ha supuesto, de las fatigas del sitio.

(3) Nótese en las firmas de sus cartas el progreso de la enfermedad.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 151, del 9 diciembre 1590.

(5) *Ibid.* pág. 153.

(6) *Ibid.* K. 1574, p. 31, del 22 febrero 1590, Moreo al rey.

había de ser rey de Francia, de que se aprovechaba el de Bearne.»

Un nuevo golpe acaba de desalentar al viejo embajador.

El caballero de Aumale (7), nieto del primer duque de Guisa, tenía en Saint Denis una cortesana llamada la *Raverie*, de quien estaba ciegamente enamorado. Estaban separados desde la ocupación de Saint Denis por Enrique IV, y al cabo de seis meses la pasión hubo de sugerir al amante el proyecto de un golpe de mano para recobrar la plaza y volver á sus amorios (8). Sorprendida la guarnición por un asalto, se retiró en derrota al castillejo, dejando al caballero de Aumale dueño de la plaza. «Habiendo entrado fácilmente, creyó ser en efecto dueño de ella,» y se precipitó en la hostería de la *Espada Real*, donde habitaba la *Raverie*, con quien permaneció en amor y compañía (9). Entretanto, Vic, gobernador de Saint Denis, reunió sus soldados, barrió á los parisienses y sorprendió al caballero con su damisela. El jefe liguero desnudo como estaba, fué arrojado á la calle, acribillado á golpes y tirado á un monton de cadáveres. Quedó tan desfigurado, que hubiera sido imposible distinguirlo de los otros, si la *Raverie* no lo hubiese reconocido entre los demás muertos por los signos de amor que ella misma había dibujado en otro tiempo en sus brazos. Esta aventura hubo de poner en moda á la damisela, que supo sacar partido de ello con más dureza que corazón (10).

El suceso de Saint Denis, escribe Bernardino de Mendoza (11), ha fortalecido mi resolución de salir de París con una escolta de doscientos infantes alemanes. En Ferté-Milon encontró un regimiento napolitano mandado por del Monte que le acompañó hasta Soissons. Para seguir hasta Flandes, se confió á los valones del regimiento de Carondelet «y con ser ellos de S. M. y yo embajador, no han dejado de desvalixarme de lo poco que traya» (12). Llega á Flandes ciego, arruinado, «ejemplo, dice, de los altibajos de la condición humana.» No cesa de dictar

(7) Era el tercer hijo del duque de Aumale y de Luisa de Brezé.

(8) Saint Denis se tomó el 9 de julio de 1590; la tentativa del caballero de Aumale fué el 1.º de enero 1591.

(9) Canciller de Chiverny, *Memorias*, p. 509; Cabrera, tom. III, p. 482. «Muy atento de entrar en una casa á ver una dama que amaba mucho.»

(10) Lestoile. «Estando M. Vitri en París en casa de la *Raverie*, donde chanceaba pasando el tiempo...» Ella estaba en una ventana, en casa de Bocquet, calle de Santiago, para mostrarse á Enrique IV cuando entró en París el 15 de setiembre de 1594.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 14, del 16 enero 1591. Sábese así la fecha exacta de su partida.

(12) *Ibid.* p. 24.

cartas al rey y en ellas recomienda desconfiar de Mayena, se lamenta de los malos oficios de Moreo, tiene hiel para todos y dureza hasta para sus fieles parisienses. «En París, dice, ayunan, si bien no es cuaresma: todo va de mal en peor (1).»

Por estar ménos estrechamente encerrados que durante el sitio, los parisienses, como se ve, no dejaban de estar necesitados (2). Sentían tan bien que Enrique IV había simplemente trocado el sitio en bloqueo, que hubieron de abstenerse de presentar á Nuestra Señora de Loreto las ofrendas prometidas para cuando los libertara: habían hecho voto de enviarle un navío de plata que pesara trescientos marcos, mas se creyeron en el derecho de no enviar cosa alguna. Pero se habían tranquilizado de sus temores de un ataque á viva fuerza, bajo la guarda de una guarnición española. El regimiento napolitano de Monte, que había encontrado Mendoza en su retirada, y dos regimientos españoles se habían introducido en París el 12 de febrero de 1591, por diligencia de los dos sucesores de Mendoza, Juan Bautista Tassis y Diego de Ibarra (3).

Con su guarnición de París, iba Felipe II descubriendo sus proyectos y preparaba el campo al ejército que en hora propicia debía venir de Flandes y completar la conquista.

Un auxiliar precioso para él, y á la vez contra Mayena y Enrique IV, le deparó la suerte el mismo año. El joven duque de Guisa, que había permanecido preso desde el asesinato de su padre, se evadió de la prisión y se dió prisa en escribir á Felipe II (4): «Vengo á ofrecer mi vida y todo lo que me pertenece, ahora que estoy en situación de poderos servir, como deseo con tal devoción, que estimo no poder adquirir en mi vida mayor dicha que ejecutar las órdenes de V. M. cuantas veces me juzgue digno de honrarme en su servicio.»

Súpose esta evasión con alegría hasta en los países sometidos á Enrique IV, como escribe La Chastre que la había preparado (5). «Mi hijo le condujo á distancia de veinte leguas por un país enemigo, sin ningún contratiempo, bien

(1) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 31. Al rey, del 5 febrero 1591. Véase también la carta al rey, echada en Mons, el 1.º abril, K. 1578 pág. 48.

(2) Sobre los detalles del bloqueo de París despues de levantado el sitio, véase una curiosa carta de Crillon á Haillan, escrita de Saint-Denis el 1.º de octubre 1590. Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 37.

(3) Este último no trae sus credenciales hasta el 30 de marzo 1591. V. Ms. Arch. nac. K. 1565, p. 147.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 117 del 22 agosto 1590.

(5) *Ibid.* Ms. Arch. nac. K. 1577, pág. 116.

que su salida fuera conocida en toda la ciudad de Tours y hecha á la luz del medio día.»

Esta ciudad de Tours que era la capital interina de Enrique IV y la residencia de su parlamento, no esperaba más que una ocasión propicia para entregarse á Felipe II. Cuando, á instancia de la viuda de Enrique III, se descuartizó en Tours al prior de los dominicanos que había alentado á Jacobo Clemente, el mártir emplazó al bearnés á comparecer en breve término ante el tribunal de Dios: una noble doncella fué con su sirvienta á recoger su preciosa sangre (6), y el pueblo todo hubiera también estallado si una fuerte guarnición de hugonotes no lo hubiera tenido á raya.

Pero estos mismos hugonotes venían á ser con frecuencia un embarazo. Duplessis-Mornay, presuntuoso y pedante, se arrogaba una especie de tutela sobre el rey, apartaba á Villeroy que hubiera querido entrometerse en favor de la paz, é impedía que se llamara á Bellievre. «Anda tan adherido y pegado al rey que con dificultad se le pueden dirigir cuatro palabras» (7). La familia de Condé no era ménos importuna: la viuda del último Condé era acusada de la muerte de su marido y tenida aparte con su hijo, cuya legitimidad era sospechosa. De los hijos del primer Condé, el uno, el conde de Soissons, era intrigante y chismoso; y el otro, el cardenal de Vendoma, tenía tanta prisa en tomar el título y los bienes del cardenal de Borbon, muerto en prisión (8) con el nombre de Carlos X, que inspiraba sospechas de abrigar como él aspiraciones á la corona.

Fuera de esto, las operaciones militares no siempre eran felices. Despues de haber tomado á Noyon (9) quiso Enrique IV apoderarse del castillo de Pierrefonds.

Pierrefonds estaba ocupado por un antiguo soldado, que como Saint Pol, había llegado á ser jefe de partida; hacíase llamar Rieux, se había elevado á la clase de asentista de víveres, y luégo con dinero y audacia, hubo de reclutar numerosa tropa, á cuya cabeza recorría los caminos. Su botín se acumulaba en el castillo de Pierrefonds, en medio de los bosques (10). Tenía

(6) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 53.

(7) Faye á Bellievre, 17 agosto 1590, edic. Halphen, p. 107.

(8) En abril de 1590.

(9) El 18 agosto 1591.

(10) Se ha querido rehabilitar á Rieux. M. Prioux, miembro de una sociedad docente de Soissons, ha escrito una memoria para demostrar que Rieux debía ser un hombre honrado, puesto que era un noble y no un advenedizo. La prueba de su nobleza es endeble: Rieux se casó con la sobrina de un canónigo de Soissons, Enrique de Saureux, lo cual no hubiera podido hacer, si no hubiera sido noble, porque no.

de huésped al perfumista Labruyere, de la comuna de París. Los muros de Pierrefonds eran tan fuertes que rechazaban el hierro de los cañones de Enrique IV, el cual, despues de veinte dias de sitio, tuvo que retirarse dejando á los bandoleros campar por sus respetos (1).

Pero en campo raso las milicias de la Liga no eran tan bravas como detrás de las murallas.

Miéntas á las inmediaciones de Orleans, Antragues, con un cuerpo de ejército real, maniobraba hábilmente contra fuerzas albanesas de Mayena, mandadas por Dragut de Comnene, los frailes de Orleans llamaron al populacho á las armas y lo arrastraron á una salida en masa. Comnene les intimó que se retiraran, pues sino, los consideraba como perdidos. Ellos contestaron que querian ver á los *maheustres* (2). Llenos de entusiasmo «avanzaron hasta la cabeza de un gran campamento; vieron á los *maheustres* bien á descubierto y, viendo que se venian contra ellos, cambiaron tan pronto de parecer y de actitud, que las tropas reales les aplastaron por completo. Veis aquí cómo la obcecacion de estos habitantes fué causa de su ruina, como acontecerá siempre que se metan en guerras los habitantes de las ciudades fuera de sus murallas y toda otra clase de pueblo indisciplinado: desde léjos asienten á bravatas y quimeras extrañas y ridículas, pero tan luégo como ven el menor contratiempo, los embarga el miedo de tal modo que no tienen más recurso que la fuga.»

Esta leccion no aprovechó á sus vecinos, los burgueses de Chartres. Estos pobres eran, es verdad, mantenidos en una exaltacion poco provechosa á los que la provocaban.

Hé aquí cómo refiere el milagro de San Piat á Felipe II un español, tan piadoso como los vecinos de Chartres (3):

«De toda antigüedad avian creydo sus mayores que el cuerpo de San Piat mártir estaba allí... Y quitada la reja con harto trabajo hallaron una caja de madera tan bien pegada que tardaron buen rato en descubrir las juntas. Deshecha que fué, hallaron un encerado blanco fresco y debajo un envuelto de tafetan carmesí tan nuevo como si se hubiera puesto el

ble debía ser la jóven para haber podido casarse con un hombre tan importante como Rieux. Rieux fué cogido por los burgueses de Compiègne en 1594 y entregado al parlamento de París, que instruyó su proceso y le hizo ahorcar.

(1) El 12 de setiembre 1591.

(2) Esto es, mahometanos. «Así llamaban á los realistas.» Palma Cayet, p. 302.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 148, del 8 de octubre 1591.

mismo dia, y sobre el tafetan un billete en pergamino que decia como en el tiempo de San Dionisio Areopagita aquel cuerpo fué sepultado en aquel lugar. Dentro del dicho tafetan estaba envuelto el cuerpo entero de San Piat, y habiéndolo descubierto, se halló, no sin gran admiracion, tan perfecto y entero que no le faltaba sino hablar, y porque algunos de la compañía dixeron que si mostraban el cuerpo al aire se convertiría todo en polvo, fué la dicha caja llevada á la mitad de la iglesia, y allí visitada y tocada por el dicho cardenal, y se halló el cuerpo sólido con carne, nervios y músculos en todas las partes del cuerpo y que todo estaba tan fresco que no parecia muerto sino de aquel dia. Tenía la mano derecha puesta sobre la tetilla, la cual no tocaba sino con dos dedos, y habiéndole levantado la mano el cardenal (4) luégo se volvió á su lugar de suyo. Al santo le habian cortado la cabeza en tiempo de San Dionisio, mas cobróse y púsose en la caja, atada con su cuerpo, y al rededor de ella se veía la sangre bermeja y líquida como si la cortadura se hubiera hecho el mismo dia.»

Felipe II debió de escandalizarse de esta profanacion; pero la ciudad de Chartres se creyó al amparo de una proteccion sobrenatural; rehusó la guarnicion que le ofreció Mayena para defenderla contra Enrique IV (5) y se quedó estupefacta cuando vió que ni San Piat impidió que los hugonotes de Coligny franquearan sus murallas. Por desgracia aquel hijo de Coligny, que igualaba en consejo y valor á los mayores capitanes de Europa (6), murió pocos dias despues de haber ganado á Chartres.

Esta caida de Chartres llevó la consternacion á los bodoques de París, que se veian aislados, cercados, vendidos acaso. La comuna, como todos los tiranos, creyó poder librarse del miedo creando el terror.

¿Qué prueba la toma de Chartres? hacen decir los diez y seis. Simplemente «que Nuestra Señora de París no tiene la misma virtud que Nuestra Señora de Loreto, que guarda las llaves de París» (7). Lo que se necesita es una buena sangría á lo San Bartolomé para los políticos. Mayena es un gran puercu; en estan-

(4) El cardenal (de Borbon) murió dos años despues, de la misma enfermedad que Francisco I y Leon X.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1565, pág. 147. Respondieron que esperaban en la intercesion de Nuestra Señora. Esta carta es de Bernardino de Mendoza á Martin de Idiaquez: en aquella época no estaba ya Mendoza tan seguramente informado

(6) Lestoile.

(7) *Ibid.*

do él á la mesa con una escudilla bien honda, sólo vale para hacer la guerra á las botellas. El bearnés es un *chivo apestoso, un perro*. El cura de San German de Auxerrois «no predica más que sangre y carnicería, excitando al pueblo con gestos y palabras atroces» (1). El de San Severin dice palabras tan groseras que sus vicarios ahogan su voz «echando las campanas á vuelo.» El obispo de París, Gondi, ha sido expulsado de su silla y secuestradas sus rentas. El cardenal Lenoncour, canceller de la Liga, huye precipitadamente. Brigard, primo de Leclerc, y «uno de los primeros pillos,» se hace sospechoso á su vez y es reducido á prision. El parlamento lo condena y él se evade: luégo el furor de la comuna se vuelve contra lo que queda del parlamento.

Desde que el parlamento fué llamado á residir en Tours, los consejeros ligueros de París habian sufrido una primera depuracion por medio de Leclerc, que hubo de encerrar en la Bastilla (2) á los más honrados. Bernabé Brison habia tenido la debilidad de aceptar el papel de primer presidente á la cabeza de las reliquias de su corporacion. Era un legista laborioso, un escéptico sutil, uno de esos hombres que se creen moderados porque no se atreven á entrar en lucha contra los violentos. Fué señalado al odio del pueblo por el cura de Santiago. «Es sufrir demasiado, dice este tribuno; es preciso manejar los puñales; hay traidores en el parlamento y es menester echarlos al río.» Una delegacion de la comuna de París compuesta de Leclerc, Cromé, Louchard, Ameline, Aimonot, Auroux y Hamilton, párroco de San Cosme, se presenta con hombres de las secciones, la noche del 15 al 16 de noviembre de 1591, en casa del presidente Brisson y de los consejeros Claudio Larcher y Juan Tardif. Los arrancan de la cama y los ahorcan de una escala apoyada contra la pared. Brisson, en tan crítico momento, sólo tuvo una idea de pedante (3). «Os ruego que no se estropee el libro que estoy escribiendo, pues no deja de tener mérito.»

(1) Lestoile. «Yo lo he visto en tal furor.»

(2) Es quien firmaba Debussy en la representacion á Felipe II.

(3) Esta idea seria bella en Lavoisier ó en Andrés Chenier; es hasta miserable en Brisson. Sin embargo, hay que confesar que la mayoría de los autores sentirian que los ahorcaran antes de acabar la obra que llevan entre manos. Hé aquí la lista de las obras de Brisson: *De formulis populi Romani*, en folio, 1583; *De spectaculis*; *Códex de Henri III*; *De veteri ritu nuptiarum*, publicada en 1641; *De regio Persarum principatu*, en 1710; *Dictionarium juridicum*, en 1743; *Opera minima*, en 1747.

Descuélganse los cadáveres y se llevan «bien temprano á la Greve, alumbrando Cromé con una linterna en la mano;» luégo se ponen en la picota.—Los Diez y seis, dijeron con indignacion los españoles (4), se han visto obligados á adoptar esta medida un tanto violenta y á ejercer por sí mismos la justicia que no podian obtener.—Pero los militares no gustan de estas matanzas clandestinas: los de la guarnicion española de París no disimularon su disgusto y se declararon dispuestos á reprimir toda tentativa de pillaje. Exasperada por esta sorprendente oposicion, discute la comuna nuevas ejecuciones: Mad. de Nemours y Mad. de Montpensier, la madre y la hermana de Mayena (5), temen que de un momento á otro se las tome en rehenes é invocan la proteccion de Belin, gobernador de la isla de Francia, que se declara tan amenazado como ellas. En esta angustia, suplica Mad. de Nemours á su hijo Mayena que venga á libertarla á ella y á su hija de la servidumbre á que se veian reducidas bajo la dominacion de aquellos perdidos.

El orgulloso Mayena, que habia tenido en su juventud pretensiones al trono de Polonia (6) y que se veia ahora á punto de ser rey de Francia, se sintió poseido de un arrebatado de su cólera homicida. Llegaba de Verdun y estaba en Laon con Villeroy y el presidente Jeannin, á quienes enseña la carta de su madre: ellos le explican que no se está ya en guerra religiosa, sino en visperas de una plebeyería; que Farnesio va á llegar y á tomar el pretexto de la impotencia de Mayena, para confiscar á París en nombre del rey de España. Mayena manda tomar las armas á sus soldados y monta á caballo. En este momento interviene Don Diego de Ibarra, el embajador español.—Los Diez y seis, dice, son muy disculpables por haber dejado sin castigo á los que turbaban el orden y fraguaban traiciones: no sino con mucha justicia han ejecutado á los que merecian esta muerte infamante.—Es gente de baja condicion, interrumpe Mayena, y los que los abonan, son cómplices suyos.—Luégo dió la orden de marchar á sus tropas.

Pero hubo de notar que Don Diego de Ibarra le tomó la delantera, con la intencion evidente

(4) Cabrera, t. III, p. 510.

(5) La duquesa de Mayena debió de unir sus instancias á las de aquellas; pero probablemente no estaba en París. Consta que se moria de miedo en esta ciudad desde 1590 y queria huir, á pesar de las órdenes de su marido. Mayena prohibió á sus escuderos suministrar escolta á su mujer, obligándola así á permanecer en París. *Corresp. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, t. I, p. 96.

(6) Faye á Bellevue, 30 de julio 1588, edic. Halphen, p. 49.

de impedir su entrada en Paris, ó á lo menos de avisar para que se pusieran en cobro los asesinos. Entonces, dejando á la tropa continuar su camino, partió el duque al galope con algunos jinetes, alcanzó á Ibarra en Vincennes (1) y lo persuadió de haber desistido de sus proyectos de castigo. Ibarra, que le vió tan poco acompañado, entró sin desconfianza con él en Paris y tranquilizó á los Diez y seis de tal manera, que vinieron á ser insolentes con Mayena: invadieron su habitacion, hablaban en voz alta y todos á la vez, sin pizca de respeto, segun su costumbre.

Pero el dia siguiente aparecen los soldados de Laon, cercan la Bastilla, que entrega Leclerc temblando, y prenden al abogado Ameline, que aspiraba á ser procurador general, y á sus cómplices Louchard, Aimonnot y Anroux. De orden de Mayena fueron conducidos á una sala baja del palacio, y allí colgados de una viga, sin forma de juicio (2). Los soldados encontraron en casa de Leclerc «quinientos á seiscientos mil francos que habia pillado.»

Este golpe brutal é insuficiente á la vez, no contuvo los desbordamientos de la democracia: un cura calificó de Santos mártires, desde el púlpito, á Lonchard y compañeros y otro llegó á hacer el panegirico de Ameline. Los aduladores del populacho, como Brissac, exclamaron «que el difunto rey, de quien tanto mal se habia dicho, no habia obrado peor que Mayena.» Cuando se habla con tanta violencia, se está muy cerca de venderse: los probos son moderados.

VIII.—Segunda campaña de Alejandro Farnesio

Al volver Alejandro Farnesio á los Países Bajos, despues de su primera campaña en Francia, hubo de encontrar la situacion muy cambiada. Un hombre de genio, Mauricio de Orange, acababa de levantarse en armas. A su vez, los indóciles burgueses, los gárrulos tribunos, los rapaces soldados, se habian agrupado á su alrededor: Holanda tenia un general y un ejército. La fuerza de voluntad del jóven príncipe improvisaba una disciplina que en vano habian querido imponer su padre Guillermo de Orange, el francés La Noue y el inglés Leicester.

Para vengar la muerte del coronel Schenck, vino Mauricio de Orange á poner sitio á Ni-

(1) Este episodio, indicado por las cartas de Don Diego de Ibarra, fué resumido muy claramente por Herrera.

(2) Cromé pudo evadirse; Leclerc fué autorizado para retirarse á Bruselas; Delauna y fué desterrado de Paris. Son aprehendidos en 1594 y ahorcados, un cura (sin duda Hamilton) y un sargento, cómplices en el asesinato de los magistrados.

mega «á donde arrojaba balas que llevaban fuego artificial, y al caer en las casas las incendiaban de tal modo, que casi no se podia apagar el fuego» (3). Alejandro Farnesio, llamado á Francia por Felipe II, desde agosto de 1591, en virtud de órdenes de que fué portador el presidente Jeannin, enviado por Mayena á Madrid y de aquí por Felipe II á Bruselas (4), tuvo mal de su grado que renunciar á la lucha que preparaba contra su jóven adversario, y se resignó á algunos sacrificios en los Países Bajos á fin de concentrar mejor en el Brabante y la Frisia las fuerzas españolas que quedaran durante su ausencia.

Verdugo, á quien dejó en la Frisia, se mantuvo sin comunicacion con Bruselas ni Madrid por espacio de más de siete años (5) y murió quebrantado algunos meses despues de haber tenido que evacuarla. A Cristóbal de Mondragon le fué confiado el Brabante. Este veterano de las guerras de Carlos V tenia á la sazón cerca de noventa años: nadie habia sabido apreciar sus raras aptitudes sino Alejandro Farnesio, que le habia encontrado de simple coronel del tercio viejo y promovido á maestro de campo á los ochenta años (6). Al salir de Bruselas, le designó como representante de su persona y delegado de sus poderes (7).

Pocos dias despues de la ejecucion de los asesinos de Brisson, pasaba Alejandro Farnesio la frontera y se establecia en Guisa para dar tiempo á desbaratar las intrigas y calmar la irritacion de Mayena. La cuestion consistia en reconciliar á Mayena con Don Diego de Ibarra que habia sido burlado á su entrada en Paris «y estaba resentido como buen caballero» (8); separar á Villeroy y á Jeannin, que habian aconsejado *hasta la importunacion* (9), el golpe de Estado contra los Diez y seis y se retirarian del mercado en cuanto vieran vendida Francia á Felipe II; satisfacer, en fin, la ambicion de

(3) Palma Cayet. Mauricio tomó, además de Nimega, á Turnhout, Deventer y Hulst.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 90. Jeannin á Don Juan de Idiaguez, 27 setiembre 1591.

(5) De 1587 á 1594. Véanse sus *Memorias* ya citadas, tom. III, pág. 184. Murió en Luxemburgo en 1595.

(6) Delante de Audenarde, el 24 junio, 1582. El despacho obra Ms. Arch. nac. fond. español. 186, fol. 281. Mondragon habia nacido á principios del siglo en Medina del Campo; comenzó su carrera de soldado raso (Herrera, t. III, p. 103), y fué ascendiendo «sin otra ayuda ni favor que su propio mérito.» Murió en 1596.

(7) Ms. Bibl. nac. fond. español. 186, fol. 259, del 14 noviembre 1591. «Cristoval de Mondragon, del Consejo de guerra del Rey nuestro Señor, y su castellano de Amberes, junto con los cargos importantes y señalados servicios que ha hecho en mas de cincuenta y cuatro años... en mi lugar, representando mi misma persona.»

(8) Herrera, t. III, p. 319.

(9) *Ibid.*

Mayena, con una presa bastante rica para hacerle creer que le ayudaria á acercarse á la corona.

Pero Alejandro debió de sorprenderse mucho al descubrir, desde su llegada á Guisa, ciertas enemistades que ni podia sospechar contra el duque.—Ni la duquesa de Guisa ni su hijo, escribe á Felipe II (1), estaban contentos con el duque de Mayena, quejándose á mí del poco caso que hacia de ellos y creyendo que en este punto no cumplia con su deber.—La duquesa se consoló con algunos cumplimientos y promesas «aunque se hubiera consolado más, si se la hubiera socorrido con alguna cantidad de dinero, segun las pláticas que me ha hecho sobre sus necesidades.» Mayena llega aquella misma noche de Paris, expone sus quejas contra Ibarra, principalmente «por haber querido persuadirlo á su venida á Paris de que debia proceder con lenidad contra los que habian ahorcado á los magistrados y querian so capa de religion provocar una rebelion.» Pero como príncipe italiano, más acostumbrado á ver trapacerías en los políticos que la pasion del motin en el pueblo, imagina Farnesio que la irritacion de Mayena proviene únicamente de la sospecha de que Don Diego de Ibarra hubiera querido sublevar á los parisienses y, apoyado en la guarnicion, hacerse dueño de la ciudad. Y pinta á Mayena con malicia. «Lleva siempre por objeto tener el primer lugar.» Ibarra describia tambien esa vanidad con exactitud más cáustica. «Tiene celos de las alondras porque vuelan.»

Pero esta presuncion ridícula y hasta doblez con los españoles, cuyos ducados embolsaba, no dejaban de hacer á Mayena útil á Francia, pues apartaba con su sola pesadez, puede decirse, las pretensiones de Felipe II. Sus réplicas al hábil italiano son á veces felices.—Convoquemos los Estados, propone Farnesio.—Es peligroso, contesta Mayena, sino comprais ántes á todos los gobernadores de las plazas.—Despues, si se trata de los derechos de la infanta, Mayena *se hace atrás*. Sobre todo, se opone á introducir guarnicion española en la Fere, alegando «que la dicha plaza le pertenece en propiedad.» Todo eso es muy bueno (2), observa Farnesio; pero

(1) Farnesio á Felipe II, Ms. Bibl. nac. fond. español. 168, folio 165, del 15 enero 1592. Esta carta refiere todos los acontecimientos de diciembre. Supongo que hubo de ser interceptada por Enrique IV, porque hay muchas copias en la biblioteca. Acaso no sean sino copias de una traduccion del original. Es carta muy importante.

(2) Esta opinion de Farnesio sobre la Fere (*ibid.* fol. 172) es muy importante, pues descarga á Mayena de la inculpacion que le hicieron los contemporáneos de haber consentido en la cesion de la Fere. Vese al contrario, que á su pesar, los españoles hicieron matar á su gobernador de la Fere y tomaron la plaza.

no impide que siga tomando nuestro dinero. No le impide tampoco firmar un acta (3), que consagra su sumision á Felipe II, siempre por dinero, pero con la intencion de no cumplir su palabra. «Estos artículos no fueron admitidos sino para distraer á los españoles» (4).

Mientras Mayena se entregaba á estas tentaciones, entre su ambicion y su codicia, Enrique IV sitiaba á Ruan. Los españoles se habian, al parecer, formado una idea exagerada de la importancia de Ruan; Farnesio hubo de subordinar á la liberacion de esta plaza todo su plan de campaña y se puso rápidamente en movimiento hácia la Picardía. Dejando Enrique IV al mariscal de Biron, con toda su infantería, en las trincheras de Ruan, salió con su caballería al encuentro del ejército de Farnesio.

Por desgracia la guarnicion de Ruan se componia de hombres menos fanfarrones, pero más bravos que los parisienses. En cuanto Villars Brancas, su comandante, supo la partida de la caballería real, hizo una salida contra el campamento de los alemanes, púsolos en derrota fácilmente y los rechazó como un rebaño hasta las tiendas de los gascones. Allí los dos hijos de aquel bravo Piles, á quien hizo matar Carlos IX á su presencia, en el Louvre, durante la de San Bartolomé, reunieron sus huestes «y aunque imberbes todavía, tomaron la resolucion de morir ántes que faltar á su deber; muchas veces les intimaron la rendicion con promesa de la vida, pero la rechazaron de tan buen talante, que entre la multitud que los abrumaba, muchos hombres de honor testificaron haberlos hostilizado á su pesar» (5). Biron logró rechazar á los asaltantes, pero avisó á Enrique IV que era necesario que volviera pronto para levantar el sitio.

Entre tanto Enrique IV hacia un prodigio inverosímil. Obligado á detener el ejército de Farnesio en su marcha, para mantenerlo á distancia de Ruan, avanza derecho á él. El 5 de febrero está en Aumale: toma ciento veinte jinetes de la corneta blanca y se hace seguir de cuarenta de sus mejores capitanes, acompañado cada uno de diez jinetes escogidos. Mete entre esta tropa escogida doscientos migueletes ó arcabuceros vascos, que sabian pelear á pié, saltar sobre el caballo libre y agarrarse á la grupa del que pasaba. No bien hubo hecho

(3) Duplessis-Mornay, t. V, p. 137; texto del tratado del 18 enero de 1592.

(4) Jeannin á Villeroy, *Apología y discurso*, p. 181.

(5) Aubigné, t. III, p. 264.